

Ciencia (de la) política y filosofía de la praxis
Releyendo a Maquiavelo con prismas gramscianos a 500 años de su *libro viviente*

Hernán Ouviña¹

Resumen: El artículo se propone recuperar la original lectura que del libro *El Príncipe* realiza el marxista italiano Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la Cárcel*. Para ello, se pasa revista a algunas de sus principales hipótesis interpretativas, dando cuenta asimismo de la enorme vigencia que ellas tienen para problematizar la concepción hegemónica que de la Ciencia Política existe en nuestro país, así como del vínculo existente entre producción de conocimiento crítico y vocación de transformación de la sociedad desde una perspectiva anti-capitalista.

Abstract: The paper of the article is to recover the original reading that the Italian marxist Antonio Gramsci in his “Prison Notebooks” makes of the book “The Prince”. In order to do this, some of his main interpretative hypothesis are considered, also taking into account the great validity they have to problematize the hegemonic conception of Political Science present in our country, together with the link between production of critical knowledge and the will to transform society from an anticapitalist perspective.

Palabras claves: Ciencia política - filosofía de la praxis - Maquiavelo - Príncipe Moderno - Gramsci

Political Science - philosophy of praxis - Maquiavelo - Modern Prince - Gramsci

A modo de Introducción: Maquiavelo como interlocutor gramsciano

Conocemos de sobra la situación: un Gramsci extenuado, aislado política y afectivamente, emprende la titánica tarea de intentar iniciar una investigación entre rejas, cuyo objetivo último es producir algo “para la eternidad”. Si bien es detenido el 8 de noviembre de 1926 por la policía del régimen fascista (dando inicio a un doloroso periplo por diversos presidios de Italia), recién en febrero de 1929 se lo autorizará a tener papel y pluma en su calabozo. Esto implicó que durante casi tres años se viera privado de poder plasmar sus ideas en forma escrita, excepto en cartas enviadas a sus seres queridos que, dicho sea de paso, eran controladas por censores. Así pues, el 9 de febrero de 1929, un día después de inaugurada la lenta redacción de sus Cuadernos, le escribirá a su cuñada Tania Schucht: “¿Sabes? Ya escribo en la celda. Por ahora sólo hago traducciones, para soltar la mano: entre tanto pongo orden en mis pensamientos” (Gramsci, 2003: 189).

Durante esos trágicos años en los que se vio imposibilitado de escribir, logró volcar en numerosas epístolas sus inquietudes intelectuales y afectivas. En una de ellas, redactada en la cárcel de Milán en marzo de 1927, explicitará su obsesión filosófico-política:

¹ Licenciado en Ciencia Política y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de la Carrera de Ciencia Política e Investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA). Contacto: hernanou@hotmail.com

escribir algo que pueda perdurar en el tiempo; que trascienda la coyuntura inmediata. Allí dirá: “Mi vida siempre transcurre con la misma monotonía. Hasta el estudio resulta muchísimo más difícil de lo que parece. Recibí algunos libros y realmente leo mucho - más de un volumen por día, además de los diarios- pero no es a esto que quiero referirme. Es a otra cosa: me obsesiona -supongo que es éste un fenómeno propio de los presos- la idea de que debería hacer algo ‘für ewig’, para la eternidad, de acuerdo con un concepto goethiano que según recuerdo atormentó mucho a nuestro Pascoli. En una palabra: quisiera ocuparme intensa y sistemáticamente, de acuerdo con un plan preconcebido, de alguna materia que me absorba y centralice mi vida interior” (Gramsci, 2003: 70).

Curiosamente, entre la variedad de temáticas elegidas -enunciadas en epístolas y también en la primera página que inaugura su escritura carcelaria en febrero de 1929- no figura Maquiavelo. No obstante, el “secretario florentino” bien podría ser pensado como un personaje invariante a lo largo de la obra gramsciana. Quizás esta circunstancial ausencia inicial oficie de síntoma o lapsus. Por caso, no resulta ocioso recordar que el 22 de junio de 1927, estando ya Gramsci en prisión, se conmemoran en Italia los cuatrocientos años del fallecimiento de Maquiavelo. Este evento generó una gran polémica en torno a la interpretación de su obra, publicándose en aquel entonces innumerables libros y artículos al respecto.

Con su inigualable pasión por la lectura (que en la cárcel devino un antídoto contra la idiotización y la destrucción física y anímica, según su propio testimonio en primera persona), el 14 de noviembre de ese mismo año Gramsci le escribe una carta a su cuñada, Tatiana Schultz, donde además de solicitarle diversos libros centrados en la figura de Maquiavelo, le confiesa su sorpresa frente al común denominador que emparenta al material editado a propósito del cuarto centenario de su muerte: “Me llamó mucho la atención -expresa- el hecho que ninguno de los escritores del centenario relacionó los libros de Maquiavelo con el desarrollo de los Estados en toda Europa durante el mismo período histórico. Desviados por el problema puramente moral del llamado ‘maquiavelismo’, no han visto que Maquiavelo fue el teórico de los Estados nacionales regidos por monarquías absolutas, o sea que él en Italia teorizaba aquello que en Inglaterra era enérgicamente realizado por Elizabeth, en España por Fernando el Católico, en Francia por Luis XI y en Rusia por Iván el Terrible; aun si él no conoció y no pudo haber conocido alguna de estas experiencias nacionales, que en realidad representaban el problema histórico de la época que Maquiavelo tuvo la genialidad de intuir y de exponer sistemáticamente” (Gramsci, 2003: 120).

Será éste el puntapié inicial a partir del cual Gramsci comience a problematizar las concepciones hegemónicas que existían alrededor de la obra de Maquiavelo, buscando generar una lectura alternativa que oficie, como veremos, de arma preñada de futuro para esa Italia plebeya a la que añoraba ver liberada de la tiranía fascista. Así pues, el primer *Cuaderno* con el que inicia su escritura en 1929 contiene ya varios párrafos referidos a Maquiavelo, al igual que algunos otros posteriores. No obstante, podríamos afirmar que las notas que conforman el *Cuaderno* 13 (escrito entre 1932 y 1934) constituyen la columna vertebral a partir de la cual Gramsci ausculta en detalle a Maquiavelo y su obra². Teniendo en cuenta este eje, a lo largo del artículo

² Al parecer, ya desde su etapa juvenil, en particular durante su tránsito por la Universidad de Turín, Gramsci tuvo la intención de profundizar en la obra de Maquiavelo. En aquel entonces, su profesor Umberto Cosmo le sugirió realizar un ensayo sobre él.

recuperaremos algunas de las principales hipótesis formuladas por el marxista sardo en torno a *El Príncipe*, a quinientos años de su publicación, y atendiendo a los desafíos que nos depara la actual coyuntura continental y mundial de profunda crisis civilizatoria.

La vigencia de dos clásicos

Resulta sorprendente detenerse en las múltiples semejanzas que existen entre la escritura de los *Cuadernos* del Gramsci entre rejas y la del Maquiavelo redactor de *El Príncipe* y de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Como sabemos, ambos materiales son producto de una intensa y vasta experiencia política signada por una común vocación militante. Maquiavelo, como secretario y estrategia diplomático-militar de Florencia de 1498 hasta 1512; Gramsci, como periodista y dirigente maximalista entre 1916 y 1926. También ambos sufren represalias por esta praxis comprometida, que los llevará a la cárcel, al exilio o bien a verse forzados a la reclusión como consecuencia de su labor política. 1513 y 1929 serán años intensos en los que darán inicio a sus respectivas producciones. Por lo tanto, la escritura tanto en un caso como en el otro puede leerse como una similar “sistematización” en la clave de la educación popular. Teorizar lo hecho y extraer enseñanzas de los procesos históricos remotos, así como de los más recientes. Aportar a la conformación de una ciencia (de la) política, entendida ésta como una crítica rigurosa del hacer colectivo, que contribuya al mismo tiempo a ejercitar un hacer crítico y plebeyo, que aporte a transformar, un pueblo disperso y pulverizado, en una voluntad colectiva de carácter nacional.

De ahí que podamos concluir afirmando que si Nicolás Maquiavelo y Antonio Gramsci resultan pensadores clásicos de la política, ello se debe a que -parafraseando a Italo Calvino y a Valentino Gerratana- “no han terminado de decir aquello que tenían para decirnos” (Gerratana, 1997: XI). Ambos continúan hablándonos, aunque no tanto sobre su época como acerca de la nuestra. Siguen formulando interrogantes y sugiriendo problemas en torno a nuestro presente, que sólo nosotros, desde éste hoy tan complejo y dramático, podemos responder. Sus ideas, por lo tanto, nos motivan a la reflexión y a la acción, pero especialmente a una recuperación de sus respectivas herencias que, lejos de resultar pasivas y literales, debe ser ante todo *críticas y militantes*. Debemos ser capaces de realizar una (re)lectura que apele a un riguroso ejercicio de *traducción* en el sentido etimológico y polisémico de este término: simultáneamente remite a *tradición* (vale decir, a rescatar del olvido), a *traición* (la cual resulta siempre implícita y hasta necesaria en toda interpretación) y *transición* (hacia algo renovado que escamotee la mecánica repetición).

En primer lugar habría que decir que si a grandes rasgos en la larga tradición de la teoría política han existido y existen dos visiones generales y contrapuestas -las que apuestan a perpetuar el orden social y aquellas que se inclinan por una construcción política alternativa y crítica de lo existente- tanto Maquiavelo como Gramsci se ubican claramente en la segunda perspectiva. De ahí que podamos llamarlos a ambos *filósofos de la praxis*, esto es, pensadores revolucionarios que amalgamaron teoría y acción, análisis exhaustivo de la realidad y proposición apasionada de cómo trascenderla. A contrapelo del sentido común dominante en la academia, que nos pretende enseñar a un Maquiavelo y un Gramsci científicos y desvinculados del “deber ser”, fríos analistas de las sociedades de su época, es preciso recuperar a estas figuras en todas su dimensión. Este precepto fue expresado por el propio Gramsci en una de sus clásicas notas del *Cuaderno 13*, donde afirma que “Maquiavelo no es un mero científico; él es un hombre

de partido, de pasiones poderosas, un político en acción, que quiere crear nuevas relaciones de fuerza y por eso no puede dejar de ocuparse del ‘deber ser’, ciertamente no entendido en sentido moralista” (Gramsci 1999: 31). Aunque pueda resultar una paradoja para la concepción predominante de Ciencia Política, para Gramsci el “deber ser” no se encuentra en las antípodas de la realidad concreta (el “ser”). Antes bien, ese “deber ser” es -siguiendo a Maquiavelo- *concreción*, vale decir, la única interpretación realista del acontecer histórico.

Podríamos entonces retomar al José Carlos Mariátegui de los *Siete ensayos* y arriesgar -junto con Nietzsche- que ambos *intentaron meter toda su sangre en sus ideas*, por lo que *su pensamiento y sus vidas forman un único proceso*. Es por ello que Gramsci llegó a afirmar provocativamente que Maquiavelo ha sido el verdadero fundador de la filosofía de la praxis, en la medida en que logró articular dialécticamente teoría y práctica, crítica y propuesta, pensamiento y actividad transformadora, anhelos y estrategias para concretizarlos en la realidad. Hoy resulta por demás incómodo recuperar a *este* Maquiavelo, al igual que a su desprejuiciado realismo (que dicho sea de paso, no se corresponde con el cinismo propio de Benito Mussolini en su *Preludio al Príncipe* escrito en 1924). Un Maquiavelo que no temió en caracterizar siempre a la política como relación de dominación fundada en la violencia y la astucia, vale decir, en una inestable correlación de fuerzas de la que inevitablemente formamos parte, y frente a la cual no podemos mantenernos *jamás indiferentes*.

Socializar saberes entre quienes “no saben”: la lectura de *El Príncipe* como manifiesto político y *libro viviente*

Precisamente a raíz de esta inevitable toma de partido es que Gramsci llegó a expresar que *El Príncipe* no constituía un tratado escolástico y que el elemento racional y doctrinario no resultaba el único ni el principal a destacar de la obra maquiaveliana. Por el contrario, en sus póstumos *Cuadernos* afirmó que se debía entender a aquel libro como “viviente”, en la medida en que lograba fusionar de manera original el sentir y el saber, la febril pasión y la reflexión crítica, la ciencia y la política, el mito movilizante y la capacidad de análisis histórico concreto. A contrapelo de aquellas lecturas edulcoradas tan recurrentes durante el siglo XIX y principios del siglo XX, en su *Cuaderno 13* (titulado por él “Notas breves sobre la política de Maquiavelo”), Gramsci recuperará la figura intelectual y política de Nicolás Maquiavelo como un pensador clásico que logra amalgamar teoría y práctica transformadora, esto es, análisis riguroso de la realidad y proposición apasionada de cómo trascenderla. De ahí que tal como mencionamos sea considerado por él como el verdadero *padre de la filosofía de la praxis*: “El Príncipe de Maquiavelo podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del ‘mito’ soreliano, o sea de una ideología política que se presenta no como fría utopía ni como doctrinario raciocinio, sino como una creación de fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar en él la voluntad colectiva” (Gramsci, 1999: 14).

Y de acuerdo a la original lectura de Gramsci, es en el “epílogo” de *El Príncipe* donde Maquiavelo se funde con el pueblo: “en las conclusiones, Maquiavelo se hace pueblo, se confunde con el pueblo, pero no con un pueblo ‘genéricamente’ entendido, sino con el pueblo al que Maquiavelo ha convencido con su tratado precedente, del que él se vuelve y se siente conciencia y expresión, se siente idéntico: para que todo el trabajo ‘lógico’ no es más que una autorreflexión del pueblo, un razonamiento interno, que se

hace en la conciencia popular y que tiene su conclusión en un grito apasionado” (Gramsci, 1999: 14). En efecto, el tan debatido “epílogo” que arenga a la liberación de Italia, no es para Gramsci “algo extrínseco, ‘pegado’ desde fuera, retórico, sino que debe ser explicado como elemento necesario de la obra y hace de ella como un ‘manifiesto político’ (Gramsci, 1999: 14).

Sin embargo, por las paradojas de la historia, Maquiavelo terminó siendo leído en una clave contraria: como el fundador de la “ciencia política” descontaminada, que rompe definitivamente con el “deber ser” y se restringe a teorizar sólo lo que acontece en la realidad en favor de los poderosos. Nada más alejado del propósito de secretario florentino. “¿No habrá sido Maquiavelo poco maquiavélico?”, se pregunta con un dejo de ironía Gramsci, “uno de aquellos que ‘saben el juego’ y tontamente lo enseñan, mientras que el maquiavelismo vulgar enseña a hacer lo contrario?” (Gramsci, 1999: 49). La sospecha que sobrevuela en las notas carcelarias es que *El Príncipe* no fue escrito para “quien ya sabe, ni su estilo es el de una desinteresada actividad científica”. Es que para Gramsci, la vocación transformadora de la filosofía de la *praxis* debía ser siempre “expresión de estas clases subalternas que quieren educarse a sí mismas en el arte de gobierno y que tienen interés en conocer todas las verdades, incluso la desagradables” (Gramsci, 1986: 201). Tanto en el caso de Maquiavelo como en el de nuestro autor entre rejas, no se trataba de escribir para sabios ni literatos, sino para el bajo pueblo que ansiaba la emancipación intelectual, como contratara necesaria de la estrictamente política: “Maquiavelo tenía en mente a ‘quien no sabe’”, nos dice Gramsci, y su pretensión última era el aportar a la educación de “la clase revolucionaria de la época, el ‘pueblo’ y la ‘nación’ italiana” (Gramsci, 1999: 50).

Esta vocación militante y “feroz” de Maquiavelo, de acuerdo a Gramsci se dirige contra lo viejo que no termina de morir: los residuos de un mundo feudal en decadencia. Por ello su escritura está signada por un período de lucha que apunta a la fundación y consolidación en el *tiempo* de un *nuevo orden*. El orden y el tiempo, como nos recuerda Manuel Sacristán (1998), constituyen dos obsesiones de Gramsci que también podemos rastrear en *El Príncipe*, y que le permite al autor de los *Cuadernos* caracterizar a Maquiavelo como aquel que supo anticipar teóricamente el proyecto y la osadía política encarnada en el jacobinismo francés. Maquiavelo prefiguró en sus escritos, más de dos siglos antes de su existencia real, el planteo radical de los jacobinos: “Ninguna formación de voluntad colectiva nacional-popular -nos dice Gramsci- es posible si las grandes masas de campesinos cultivadores no irrumpen *simultáneamente* en la vida política. Eso pretendía Maquiavelo a través de la reforma de la milicia, eso hicieron los jacobinos en la Revolución francesa, en esta comprensión debe identificarse un jacobinismo precoz de Maquiavelo, el germen (más o menos fecundo) de su concepción de revolución nacional” (Gramsci, 1999: 17). La ausencia de una fuerza jacobina que suscitara y organizara la voluntad colectiva y plebeya en Italia, determinó para Gramsci que fuesen los sectores moderados quienes lideren el proceso de unificación del Estado a nivel nacional, primando por lo tanto una “revolución pasiva”.

La metáfora maquiavélica del Centauro como antesala del “Estado ampliado”

Es conocido que otra faceta fundamental de la interpretación gramsciana de la obra de Maquiavelo es su original concepción del Estado. Una vez más, no resulta ocioso insistir en que su énfasis en la *praxis* política como “objeto de estudio” no tuvo que ver con inquietudes erudito-académicas, sino ante todo con la dramática situación histórica

que le tocó vivir, comprometido con el ascenso revolucionario de masas de Turín en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, con el devenir del movimiento comunista europeo en un plano más general, así como con la creciente complejidad que fue asumiendo la dominación estatal en las sociedades capitalistas occidentales, que obligaba a replantear teóricamente las estrategias clásicas de transformación del orden social existente.

En función de este complejo cambio de época, consideramos que sus dispersas notas carcelarias pueden ser leídas como una respuesta contundente e innovadora a las diferentes corrientes deterministas y vulgares de la época, que reducían al marxismo a un dogma anquilosado, cuyo núcleo central radicaba en la primacía total de lo económico sobre el resto de las dimensiones que conformaban la vida social. La visión catastrofista de la crisis del '30 que tenían sus camaradas, al establecer una relación inmediata entre colapso económico y político, omitía según él la complejidad que habían adquirido los Estados modernos, tornando caduca la estrategia revolucionaria que reducía el cambio social a una abrupta “toma del poder” por parte de una tan reducida como decidida vanguardia “iluminada”, de “pocos pero buenos”, como solía postular el ala más sectaria del Partido Comunista Italiano.

Desde esta perspectiva, el punto de partida de Gramsci en su análisis del Estado y la dominación es muy distinto al del pensador alemán Max Weber. Sin embargo, ambos se refieren al mismo problema de *la construcción del poder*. Porque a Gramsci también le preocupa desentrañar la naturaleza de la relación de dominación que escinde a gobernantes y gobernados. Pero el marxista sardo, a diferencia del autor de *Economía y Sociedad*, no se contenta con encontrar los mecanismos formales que hacen de una relación de poder, de un ejercicio de la fuerza, una dominación aceptada o legítima. Lo que le interesa ante todo es “saber cómo, a través de qué mecanismos, la dominación se convierte en hegemonía, es decir, incluye la aceptación del dominado, deviniendo en consenso activo” (Thwaites Rey, 2008: 176).

Sin duda la ampliación del concepto de Estado y la consiguiente reformulación de la noción de hegemonía producida por Gramsci, es uno de los aportes más significativos a la teoría política contemporánea, que tiene como una de sus fuentes principales a *El Príncipe*. En otro de sus párrafos carcelarios manifiesta que un punto “a establecer y desarrollar es el de la ‘doble perspectiva’ en la acción política y en la vida estatal”, que remiten a “la doble naturaleza del Centauro maquiavélico, ferina y humana, de la fuerza y del consenso, de la autoridad y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización, del momento individual y del universal” (Gramsci, 1999: 30).

Asimismo, si bien varios marxistas rusos ya habían utilizado a finales del siglo XIX el concepto de hegemonía, siempre lo hacían para referirse al rol “dirigente del proletariado”, en su alianza con resto de los sectores populares (sobre todo al campesinado), a nivel estrictamente *político*. Y aún cuando Gramsci reconoce su deuda intelectual con Lenin, complejiza esta categoría a partir de la relectura crítica de la obra de Maquiavelo, al extenderla, como antítesis de dominación o ejercicio descarnado de la fuerza, al análisis de las clases fundamentales que componen a la sociedad capitalista.

En efecto, en los *Cuadernos de la Cárcel*, si por un lado el término remite al liderazgo de la burguesía sobre los restantes grupos sociales, por el otro supone la generación de consenso y compromiso cultural e ideológico, a la vez que material, logrando un

reconocimiento general como la clase más idónea para articular los intereses de toda la sociedad, plasmado en la construcción temporal de una voluntad nacional colectiva. Así, en sus *Notas sobre Maquiavelo* el Estado es entendido como una compleja articulación entre dominio y consenso (“hegemonía acorazada de coerción”), por contraposición a cómo es comprendido generalmente: en tanto sociedad política o mera super-estructura coercitiva. De acuerdo con Gramsci, por Estado “debe entenderse no sólo el aparato gubernamental sino también el aparato privado de hegemonía o sociedad civil” (Gramsci, 1984: 105). La combinación de ambos es producto entonces de la inestable equivalencia entre, por un lado, la sociedad política y, por el otro, la sociedad civil. Esta doble perspectiva, que remite tanto a la vida estatal como a la acción política, puede presentarse en diversos grados, desde los más elementales hasta los más complejos, aunque Gramsci explicita que pueden reducirse teóricamente a dos grandes grados fundamentales, correspondientes a la coerción y la hegemonía.

Tal como han hecho notar diversos autores, aquí radica una diferencia con respecto a Marx y Engels: si ellos definían a la sociedad civil como aquel conjunto de relaciones socio-económicas que conforma la base material o infraestructura, Gramsci la ubicará en el ámbito superestructural, siendo además la esfera en la cual se difunde -a través de un serie de instituciones y mecanismos de transmisión ideológico cultural- una determinada concepción del mundo que, en última instancia, contribuye a la reproducción del sistema de dominación. En efecto, Marx y Engels expresan en *La ideología alemana* que “la sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia” y su anatomía hay que buscarla en la economía política (Marx y Engels, 1975: 132). La noción alude, por lo tanto, a la producción e intercambio material de los hombres en una determinada fase de desarrollo de las fuerzas productivas. Para Gramsci, por el contrario, la sociedad civil no forma parte de la infraestructura, sino que se ubica en la superestructura, como mediación entre la base económico-social y el Estado en “sentido estricto” (aparato burocrático-represivo). Estaría conformada, por tanto, por los organismos e instituciones responsables de la elaboración y/o difusión de la hegemonía cultural y política de un grupo social fundamental, sobre el conjunto de la sociedad, ligando de forma subordinada a sus diversos miembros a la clase dominante. A su vez, la sociedad política (momento coercitivo del Estado), garantizaría de acuerdo a él, legalmente la disciplina de aquellos que no consienten ni activa ni pasivamente con dicha dirección.

Esta noción innovadora supone en Gramsci la incorporación una faceta escasamente desarrollada por el marxismo clásico como es la *consensual*. Precisamente este último punto será el que profundice en sus dispersos escritos carcelarios. En ellos intentará dar cuenta de cómo la *hegemonía* de un grupo social sobre toda la sociedad nacional es ejercida a través de las llamadas organizaciones privadas, entre las que cabe destacar a la Iglesia, los sindicatos, y las escuelas, por nombrar sólo algunas de las múltiples fortalezas que, inscriptas en el marco de la sociedad civil, recubren a las instituciones burocrático-militares que delinear al Estado en cuanto sociedad política. Por ello, más allá de su carácter inherentemente represivo, el Estado también está constituido por “el conjunto de actividades prácticas y teóricas con las que la clase dirigente justifica y perpetúa su dominación y además logra obtener el consenso activo de los gobernados”, tal como postula en una de sus conocidas notas (Gramsci, 1999: 186). Y es que según detalla en otra de ellas -apelando una vez más a las metáforas bélicas- en los Estados más avanzados “la ‘sociedad civil’ se ha vuelto una estructura muy compleja y resistente a las ‘irrupciones’ catastróficas del elemento económico inmediato (crisis,

depresiones, etcétera); las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna” (Gramsci, 1999: 62)

Desde esta óptica, la clase capitalista consigue ser a la vez dominante y hegemónica, estructurando su primacía a partir de una contradictoria y desigual articulación entre el ejercicio de violencia física y la persuasión activa de los sectores subalternos. No obstante, esta dinámica dista de ser un hecho consumado. Antes bien, las formas y modalidades de desarticular este liderazgo de la burguesía sobre el conjunto de la sociedad, es otro de los ejes sustanciales que signa la escritura autocrítica de Gramsci, y que tiene a Maquiavelo como maestro del cual aprender en términos organizativos.

El *Príncipe Moderno* y la praxis política como arte estratégico

A Gramsci le parece fundamental no omitir la faceta militante y crítica de Maquiavelo, su crudo realismo que permitía caracterizar a la política como una relación de dominio fundada tanto en la violencia como en la astucia (apelando a la conocida metáfora del león y el zorro). Porque la obra de Maquiavelo, a contrapelo de las erróneas lecturas de su época, no constituía un inmoral recetario de consejos para Príncipes gobernantes, sino un discurso crítico y descarnado con respecto a estas prácticas. Irónicamente, se podría insistir con Gramsci que Maquiavelo es “anti-maquiavélico”: da a conocer los artilugios y secretos de *cómo* dominan y construyen su poder los sectores gobernantes. Entonces la pregunta que cabe hacer es ¿para quién escribe Maquiavelo? Como vimos, Gramsci responderá que le habla y escribe a los que “no saben”, es decir, al pueblo emergente en aquella coyuntura histórica tan particular. Su propósito último era lograr la *unidad* territorial y política de su país, a través de la formación de un Estado secular moderno, que discipline tanto a los nobles feudales como a la Iglesia, conformando en paralelo un ejército no mercenario y de tipo *nacional*. Y la figura que debía realizar tamaña tarea (unificar a un pueblo disperso y pulverizado) se encarnaba en el “Príncipe”.

Ahora bien, Gramsci postula que más allá de los siglos transcurridos, el dotar de cohesión nacional a los sectores populares constituía una tarea aún pendiente. Sin embargo, dirá, esta labor ya no puede realizarla un héroe personal o un individuo dotado de cualidades excepcionales (el Príncipe), sino que debía ser encarada por una *organización colectiva*. Y en el contexto contemporáneo en el que él escribe, y desde la perspectiva emancipatoria a la que adscribe, los grupos subalternos a los que se debía unificar eran fundamentalmente la clase obrera del norte de Italia, y los campesinos del mezzogiorno. Así pues, el rol prioritario de este *Príncipe Moderno* (que según Gramsci podía encarnar en un partido político, aunque también en ciertas ocasiones en un periódico u otra instancia organizativa similar) era romper el aislamiento en el que se encontraban sumidos los sectores populares a lo largo y ancho de Italia, dotándolos de cohesión y fortaleza ideológica y política. Generar ese “espíritu de escisión” del que hablaba Sorel y que Gramsci recoge como eje estructurante de la praxis revolucionaria que permita “soldar” como voluntad colectiva al bajo pueblo tanto del campo como de la ciudad.

Y dentro de este proceso de constitución de un sujeto político, los “intelectuales orgánicos” están llamados a cumplir una función importantísima, articulando sus conocimientos teóricos (en tanto especialistas) con su capacidad organizativa (de dirección política y cultural). Pero este tipo de intelectual, del cual Maquiavelo resulta

ser una referencia ineludible para Gramsci, debe poder combinar dialécticamente este saber con el sentir popular, de manera tal que se vaya configurando una nueva concepción del mundo, opuesta a la dominante. De lo que se trata, dirá Gramsci, es de articular la sana espontaneidad de las masas, con la dirección consciente que aporta esta intelectualidad crítica, que desde ya no opera como un agente externo a los sectores en lucha, sino en tanto núcleo inmanente y de avanzada que contribuye a dotar de mayor coherencia y organicidad (a través de ese “Nuevo Príncipe” que aglutina a los sectores en lucha) a los diversos grupos que pugnan por trascender el orden social capitalista.

Algunas palabras finales

Decíamos en un párrafo anterior que Gramsci resignifica la concepción tradicional del poder, recuperando la perspectiva realista y dinámica propuesta por Maquiavelo. El poder deja así de ser concebido como una mera propiedad o “cosa” a asaltar, y pasa a ser analizado en los términos de una *relación de fuerzas* en constante metamorfosis, que debe modificarse en todos los planos de la vida social a partir de una compleja disputa “intelectual y moral”, que se dirime a diario en cada una de las trincheras que conforman la sociedad civil. En este sentido, su conocida nota carcelaria titulada “Análisis de situación. Relaciones de fuerza”, puede ser leída como una puerta de entrada a su original conceptualización del poder. En última instancia, la pregunta clave que se formuló Gramsci durante su forzado encierro cobra centralidad en esta propuesta innovadora: “¿Se quiere que existan siempre gobernantes y gobernados o se quieren *crear las condiciones* en que desaparezca la necesidad de la existencia de esta división?”.

Esta construcción contra-hegemónica de la que se siente tributario el Gramsci maquiaveliano supone entonces apostar a generar un “espíritu de escisión” (sugestiva idea retomada de Sorel) que haga posible un cuestionamiento integral a las formas predominantes de vida social en el capitalismo. Las *crisis orgánicas* (que según Gramsci no son meros colapsos económicos, sino crisis de hegemonía o del Estado en su conjunto) desenmascaran precisamente la imposibilidad de la clase burguesa de ser a la vez “dirigente”, quedando como consecuencia reducida a su existencia corporativa, vale decir, a faceta dominante. Al dejar de cumplir con su función “cultural y moral”, el Centauro que le otorga sustento tiende a disgregarse, generándose a su vez una disociación entre la base estructural de la sociedad y la superestructura político-ideológica. Es entonces cuando se abre la *posibilidad* del cambio revolucionario.

Claro está que el triunfo a tal punto no está garantizado, que incluso la reflexión misma de Gramsci en la cárcel debe entenderse como una profunda autocrítica al voluntarismo político, contracara del determinismo económico que primaba en su época de militante. Es por ello que buena parte de los conceptos claves que sobrevuelan los *Cuadernos* son imposibles de ser entendidos sin tener en cuenta la coyuntura política acuciante en la cual se inscriben, en el marco de la derrota que sufrió Gramsci y sus compañeros de lucha, tras la crisis de hegemonía abierta desde la inmediata posguerra hasta comienzos de los años treinta. Esto quedó evidenciado en el trágico hecho de que, a la hambruna y la desocupación generalizada, le sobrevino el régimen fascista y no el alzamiento insurreccional de los trabajadores y las masas campesinas, como preveía cierto marxismo esquemático.

A modo de cierre, podemos expresar que como Maquiavelo y Gramsci en su momento de escritura y acción, estamos hoy frente a un radical *cambio de época*. De ahí que nuestras certezas tengan que ver más con sus interrogantes e inquietudes que con las posibles respuestas que ellos hayan dado en sus particulares coyunturas críticas. Quizás haya incluso que apuntar a la elaboración de una nueva matriz de intelección, aunque desde ya sin partir de cero, sino moldeándola sobre la base de estas -y otras- tradiciones precedentes. Reivindicar, pues, aquella concepción maquiaveliana de Gramsci sobre la política, frente al sentido común dominante que pretende expulsar y acorrallar a la política hacia un ficticio “afuera”, acotándola al mero accionar gubernamental o parlamentario, o bien a un intrincado monopolio que solo pueden (y para peor, deben) desempeñar funcionarios y diplomáticos, (re)politizando cada resquicio de nuestras vidas y ampliando la noción hacia los “no lugares” que la dotan de sentido disruptivo.

Pero así como no debemos entender la política en los términos de una práctica encapsulada o clausurada al interior de un orden predeterminado como “político”, tampoco podemos concebirla de manera topológica: siendo ciertos ámbitos “políticos” y otros no. La política no tiene una ubicación espacial ni una encarnadura social unívoca. La política no es, por tanto, aquello que se mueve en los límites que le asigna el sistema a toda práctica. Tal como nos enseñaron Maquiavelo y Gramsci, y nos recuerda Oscar del Barco (2008), la política no es *una* práctica sino una *intensidad* propia de *toda* práctica que se asume transgrediendo esos límites que la pretenden encorsetar. En eso andamos quienes continuamos empeñados en contradecir al viejo Engels y transitar una vez más *de la ciencia a la utopía*.

Bibliografía

- Del Barco, Oscar (2008) *El Otro Marx*, Editorial Milena Cacerola, Buenos Aires.
- Gerratana, Valentino (1997) *Gramsci. Problemi di metodo*, Editori Riuniti, Roma.
- Gramsci, Antonio (1986) *Cuadernos de la Cárcel*, Tomo 4, Editorial Era, México.
- Gramsci, Antonio (1999) *Cuadernos de la Cárcel*, Tomo 5, Editorial Era, México.
- Gramsci, Antonio (2003) *Cartas de la Cárcel. 1926-1937*, Editorial Era, México.
- Maquiavelo, Nicolás (2013) *El Príncipe*, Editorial Colihue, Buenos Aires.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1975) *La Ideología Alemana*, Editorial Pueblos Unidos, Buenos Aires.
- Sacristán, Manuel (1998) *El orden y el tiempo*, Editorial Trotta, Madrid.
- Thwaites Rey, Mabel (2008) “Legitimidad y hegemonía. Distintas dimensiones del dominio consensual”, en *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*, Editorial Prometeo, Buenos Aires.